

John Soluri, *Banana Cultures. Agriculture, Consumption and Environmental change in Honduras and the United States*, Texas, Estados Unidos, University of Texas Press, 2005.

En su obra acerca de la segunda conquista de América Latina, Steven C. Topik y Allen Wells sugieren que la idea de que algunos cultivos estimulan o retrasan el progreso está anclada en la historia y el folclor latinoamericano. El azúcar originó grandes plantaciones con sistemas de trabajo coercitivos. El tabaco era considerado, en Cuba, como democrático; sin embargo, en Colombia se le acusaba de crear auge especulativos y efímeros. El café permitió la creación de un Estado Nacional colombiano; en Costa Rica, originó un campesinado diligente; en Brasil, favoreció a una elite de plantadores mientras que los trabajadores estaban sumidos en la esclavitud; y en Guatemala, sirvió para expoliar a los indígenas. ¿Qué se puede decir del plátano, cuando se sabe que la noción de *república bananera* remite a la idea de una pródiga naturaleza tropical pero también a la dependencia y la pobreza?

La primera noción de la naturaleza pródiga del banano emergió de la representación humboldtiana que expresó, a inicios del siglo XIX, la idea de que el plátano es, para los habitantes de la zona tórrida lo que son las gramíneas y los cereales (trigo, cebada y centeno) para Asia Occidental y Europa. En los lugares donde el promedio anual de temperatura excede los 24 grados centígrados, el fru-

to del banano es objeto de culto y de mucho interés para el hombre. Humbolt dudaba que existiera otra planta en el mundo que en un pequeño espacio de tierra, produjera un alimento de subsistencia de más consideración y menos cuidado que el plátano. En su producción el hombre interviene sólo para cortar las hojas y para escardar sus raíces una o dos veces por año. Hay una gran diferencia entre la productividad de esta planta y la de los cereales en las partes más fértiles de Europa. En relación con el trigo, produce 133:1 y en relación con la papa 44:1. Así, se crea la imagen de una naturaleza pródiga en el trópico, donde los humanos casi no necesitan trabajar para gozar de sus beneficios. En Estados Unidos esta representación se asocia con la idea de la dependencia hacia la naturaleza y de que los trabajadores perezosos sólo saldrán de la pobreza con base en la inversión de capitales estadounidenses y en la exportación de mercancías hacia ese país.

John Soluri muestra cómo esas ideas merecen ser replanteadas, no a la luz de las teorías modernizadoras o dependencistas, sino de la historia ambiental que enfatiza los procesos biológicos del banano. El autor señala que desde la década de 1920, se intentó sin mucho éxito, hibridar la planta para hacerla más resistente a las plagas, al introducir semillas de Java y de otros lugares. La variedad *Gros Michel* dominó en la producción centroamericana y en los gustos estadounidenses durante, al menos, 60 años. Toda planta que no se pareciera a esa variedad estaba destinada al fracaso. Botanistas, genetistas, bió-

logos y patólogos hicieron esfuerzos para encontrar otra variedad y es precisamente esto lo que estudia Soluri: las tensiones entre la biología y la comercialización de la planta.

La variedad *Gros Michel* apareció en América hasta inicios del siglo XIX. Jean-François Pouyat, botanista francés, trasladó la planta de Martinica a su plantación de café en Jamaica. Allí se popularizó como banana de Martinica o la banana Pouyat. De la región caribeña se expandió a Centroamérica, hasta que en 1892 oficiales colombianos idearon la manera de importar bananas *Gros Michel* desde Jamaica. La ventaja de esa especie es que soporta los rigores del transporte por su piel gruesa, racimos compactos y maduración uniforme. Se convirtió en la primera fruta de temporada a precios accesibles para los estadounidenses. Entre 1875 y 1894, el valor de las importaciones se multiplicó diez veces al pasar de U\$500 000 a U\$5.1 millones de dólares. En esa época el cultivo estaba en manos de pequeños productores, pero a partir de 1899 una docena de esas compañías decidió fusionarse para formar la United Fruit Company (UFC) con el propósito de iniciar un periodo en el que hubiera grandes plantaciones, amplias redes ferroviarias y tarifas aceleradas para usos del recurso. Al finalizar la década de 1920 la United Fruit Company y la Standard Fruit controlaban plantaciones, ferrocarriles, líneas de barcos y firmas comerciales. En 1926, la UFC era propietaria de 650 000 has. de tierra, incluyendo 70 000 para plantaciones de plátano en el Caribe y América Latina.

Sin embargo, el proceso de masificación redujo la diversidad biológica y, en consecuencia, el paisaje caribeño —desde Guatemala hasta Colombia— se transformó en una enorme plantación de *Gros Michel*, lo cual preparó la entrada a la enfermedad de Panamá. El patógeno *Fusarium oxysporum cubense* se introduce en las raíces y de ahí pasa a las hojas. Las plantaciones declinaron su producción debido a la rápida expansión del hongo que pronto causó epidemias en Guatemala en la década de 1920 y en Jamaica en la de 1930.

Desde 1910 los científicos intentaron encontrar una variedad resistente al patógeno: la china, la del Congo, la de Lacatan de Filipinas y las de Cavendish, pero no se expandieron debido a las quejas de los consumidores estadounidenses a quienes que no les gustaba su textura, sabor y color en la maduración. En 1922, el gobierno británico fundó el West Indian Agricultural College (después Imperial College of Tropical Agriculture) en Trinidad. Allí, en 1923, E. Cheesman inició un programa de reproducción del plátano. Un año después instalaron un segundo centro de investigación en Jamaica y luego dos más en el sur de Asia. Al mismo tiempo, la UFC inició la investigación en el Caribe y en Panamá. Entre 1925 y 1927, Otto Reinking viajó y recogió plantas de Asia para buscar una variedad resistente al patógeno pero parecida al *Gros Michel*.

A pesar de los esfuerzos, no se logró sustituir con éxito la variedad *Gros Michel* y la UFC decidió abandonar enormes plantaciones. Antes de 1960 dejó 60 000 has. en las tierras

caribeñas de Centroamérica y comenzó a trasladar sus cosechas a otras regiones, lo que le permitió mantener sus niveles de producción y de beneficios a costa de difundir la enfermedad de Panamá, la deforestación, el monocultivo y el abandono.

Soluri narra cómo 80 años de esfuerzos científicos no lograron encontrar una mercancía con calidad de exportación que fuera resistente a las enfermedades. Por más de 40 años, la fruta sin semillas combinada con la preferencia internacional por la variedad *Gros Michel*, no permitieron la introducción de variedades resistentes a enfermedades. Este hecho tuvo graves consecuencias para esas regiones tropicales. La producción de bananas de exportación redujo la diversidad biológica en las regiones caribeñas: miles de hectáreas de tierras de bosque y humedales —con su flora y fauna asociada— se convirtieron en monocultivos.

El autor utiliza la ruta de la planta para explicar que si bien la idea de república bananera se asocia con pobreza, conflictos políticos e intervención estadounidense, en Honduras —gran exportador de plátano—, es una noción ambivalente y las acciones de los trabajadores remiten a la resistencia. Este libro describe las transformaciones ecológicas y sociales que experimentó la costa norte de Honduras entre 1870 y 1975.

En el primer capítulo se explica la base agroecológica de esa región desde 1875 y las interacciones entre productores, exportadores y consumidores. La producción de plátanos

no se debió sólo a las fuerzas del mercado sino que el gobierno hondureño decretó una legislación liberal relacionada con la propiedad y los impuestos para promover la exportación. El autor muestra que la modernización no fue creada por las compañías exportadoras, sino que el Estado ya manifestaba dicha modernización en sus ideas acerca de la agricultura, la actividad comercial y el nacionalismo. Por ello, si en 1874 únicamente se exportaron productos forestales del puerto de Omoa, para finales de la década de 1880 el plátano se convirtió en el principal producto de exportación. Un reporte de 1899 revela varios aspectos: existían 1 032 plantaciones de plátano —10 300 hectáreas— de las cuales 70% eran menores de 7 has. y 85% no excedían las 14 has.; la tenencia de la tierra era ejidal y el municipio rentaba a residentes locales; había cuatro clases de trabajadores: garifunas, dos tipos de indígenas mosquitos y, sobre todo, peones del interior; se practicaba el peonaje por deudas, aun cuando el peso mexicano y los soles peruanos circulaban profusamente en la región (p. 20); y las actividades agrícolas eran familiares e incluían a las mujeres.

En 1894, el plátano era una mercancía de consumo en Estados Unidos gracias a la difusión de ferrocarriles y trenes —en 1893 el tren que iba de Nueva Orleans a Chicago permitió conseguir el producto tan barato como en Nueva York— y a su recomendación en las dietas como fruta dulce, rara vez cocinada. Hacia 1890, en ese país, de las variedades roja y amarilla, la segunda era preferida no sólo por

el público sino por los exportadores quienes vieron en su cáscara un elemento de conserva que les hacía ganar mucho dinero.

El segundo capítulo se ocupa de la transformación ecológica entre 1900 y 1940, periodo en que el *Gros Michel*, sus cultivadores y sus patógenos invadieron la costa norte; al mismo tiempo, conquistó los mercados estadounidenses. Se intentó en vano encontrar una solución al patógeno y por ello se recurrió a una agricultura itinerante que enfrentó a distintas compañías en una lucha por apoderarse de espacios para el cultivo. En esa competencia las compañías ferroviarias tuvieron un papel fundamental. En compensación por sus labores al construir y operar las líneas ferroviarias y telegráficas, los concesionarios recibieron derechos de suelo, bosques, aguas y recursos minerales, además de estímulos fiscales y supresión de impuestos (p. 43). Esas compañías afectaron los sistemas hídricos locales y el paisaje original convirtiéndolo en monocultivo. Por ejemplo, en 1928 el valle de Aguán era “una inmensa plantación” (p. 50): la Truxillo Railroad Company controlaba 70 000 has. de tierras en Colón; y en 1913 la Cuyamel Fruit Company había construido 27 kilómetros de vías y 23 más estaban en construcción. Ambas tenían 6 300 hectáreas irrigadas en 1930 (p. 51).

En definitiva, las subsidiarias de la UFC poseían más de 160 000 has., de las cuales 30 000 eran de plátano y 6 000 de pastos. La Cuyamel Fruit Company era dueña de 55 000 has. de las cuales 22 000 eran de plátano, coco y caña de azúcar. La Standard Fruit tenía 23

000 has. en La Atlántida y miles más en Colón. Así, la costa norte se transformó hacia 1930: vastos espacios de bosques se convirtieron en monocultivo de plátano, líneas férreas, pastizales y aglomeraciones humanas (entre 1910 y 1935 la población se triplicó de 65 048 a 198 836 habitantes); presas, diques y sistemas de irrigación recubrían la hidrología de la zona; y se redujo la diversidad biológica. El lugar era un “mar de bananas”, aunque se dejaron los espacios montunos para el cultivo del frijol, maíz y otros productos locales.

Con esos cambios también llegó el patógeno del *Gros Michel*. El mal de Panamá tocó las costas en la década de 1890: Surinam en 1906, Cuba en 1908, Trinidad en 1909, Puerto Rico en 1910 y Jamaica en 1911. El capítulo tres explora los efectos y significados de los cambios agroecológicos asociados con la expansión del banano desde la perspectiva de los pequeños productores y comunidades locales. Se describen cuatro comunidades que no son representativas de toda la costa, pero reflejan el impacto devastador de las grandes compañías en las economías locales. John Soluri estudia la resistencia y la protesta de esas comunidades que enarbolan el nacionalismo y la justicia social como banderas. Las economías locales se colapsaron con la llegada de las compañías bananeras, por ejemplo, Sonaguera en 1918, era una cultura ranchera donde 66 residentes tenían entre 1 y 40 cabezas de ganado (p. 95). En 1923, la ganadería, los caballos y otros animales circulaban en la región. En 1925, algunos habitantes solicita-

ron tierras para usos agrícolas, incluso los líderes rancheros como Porfirio Guerrero y Eladio Zelaya, pidieron 35 has. para cultivar plátanos. La necesidad de las compañías de instaurar un cultivo itinerante del plátano originó en la zona una reserva bananera.

El capítulo cuatro estudia los esfuerzos por encontrar un antídoto contra el patógeno sigatoca después de que se expandió en el valle de Zula en 1935. Un científico de la UFC, Vining Dunlap, propuso el sulfato de cobre como un medio eficaz de control, sin embargo, los costos y el trabajo que implica su utilización impidió a los pequeños propietarios competir con las grandes compañías. En 1930, un tercio de la exportación del cultivo estaba en manos de los pequeños propietarios, pero después de la expansión de los sulfatos la proporción disminuyó y los pocos que continuaron se vincularon a las compañías para recibir asistencia técnica y préstamos. Además, el trabajo diario cambió, ya que se crearon cientos de empleos altamente remunerados para aplicar los sulfatos en los plantíos —en la actualidad, evidencias indirectas sugieren que una exposición prolongada al producto causa problemas respiratorios—. De esa manera se inició una etapa de aprovechamiento de componentes químicos que transformaron las bases agroecológicas del cultivo.

El capítulo cinco analiza los escritos del organizador del Partido Comunista y escritor, Ramón Amaya, quien en su novela *La Prisión verde* retrata a la clase trabajadora de las plantaciones desde 1932 hasta 1948. John Soluri sugiere que si bien la narración crea

un ambiente de penurias entre la población trabajadora, en realidad existieron formas en que los empleados resistían a sus jefes y sacaban ventajas. Las mujeres, en este contexto, eran un elemento importante como cocineras, vendedoras, lavanderas y prostitutas. Al entrevistar a trabajadores de la plantación, el autor compara la representación de Amaya —quien crea una imagen opresiva de las estructuras sociales originadas por el imperialismo de las plantaciones bananeras— con los testimonios de los plantadores, los cuales revelan que a pesar de las restricciones podían encontrar espacios para la movilidad. Encontraban esos medios gracias a amigos, esposas y jefes complacientes quienes hacían la vida en la plantación menos rigurosa (p. 159). Para resistir a la malaria, a las serpientes barba amarilla y a las duras condiciones de trabajo, después del pago, los trabajadores consumían guaro, escuchaban tanto música ranchera mexicana como tangos argentinos y se hacían acompañar por prostitutas (p. 158).

El sexto capítulo examina una firma comercializadora de plátano, Miss Chiquita, en el periodo de 1944 a 1960. En Honduras esa época está marcada por la difusión de la enfermedad de Panamá que obligó a las compañías a reemplazar la especie *Gros Michel* por variedades resistentes al patógeno. La etapa de la agricultura itinerante y la exportación masiva de *Gros Michel* llegó a su fin. Hubo, entonces, variedades Cavendish empacadas de origen en cajas de cartón, necesarias para proteger su delicada piel, además eran un atractivo estímulo para las ventas masivas en

Estados Unidos. En Honduras esa situación generó la creación de numerosas empacadoras donde, sobre todo, trabajaban mujeres.

La conversión de las plantaciones en exportadoras de variedades Cavendish no eliminó el problema de los patógenos, sólo estabilizó el mercado. Esto se muestra en el capítulo siete donde se examinan los cambios en los procesos productivos desde 1945 hasta 1975, época marcada por la introducción de agroquímicos que tuvieron consecuencias favorables en el incremento de la producción del banano, pero que implicaron riesgos para los trabajadores que estaban expuestos al pesticida Nemagón (DBCP).

Por último, en el octavo capítulo el autor compara al plátano con otras mercancías de exportación como el azúcar y el café, y muestra cómo esta planta se integra a redes de mercancías agrícolas de exportación, lo cual es muy útil para comprender la existencia y el comportamiento de los mercados globales. El lector mexicano echará de menos, puesto que el autor introduce el peso y la música mexicana, las referencias a los sistemas de cultivo platanero en las costas mexicanas.

El trabajo de Soluri es útil para geógrafos, historiadores, antropólogos y sociólogos, pero también para los científicos y ecólogos quienes encontrarán que, en la historia de las plantaciones bananeras de Honduras (menos estudiadas que las de Costa Rica, Ecuador y Guatemala), una serie de transformaciones ecológicas y de cambios en las bases agroecológicas fueron parte esencial de una

historia más amplia (p. 247).

El autor dirige su estudio a lectores que consumen plátanos, sobre todo a quienes los prefieren orgánicos. Quien se adentre en esta obra encontrará una lectura ágil, documentada e inteligente acerca de la biología y la comercialización de esta maravillosa planta que desde el siglo XVI, con los escritos de Joseph de Acosta, se conocía como una planta sana y de buen gusto, y la cual, en pleno siglo XX, Josephine Baker lucía en sus atuendos para cautivar al público que visitaba, en las grandes noches parisinas, el *Follies Bergère* para verla bailar charleston adornada con bananas.

ALEJANDRO TORTOLERO VILLASEÑOR*

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

**D.R. © Alejandro Tortolero
Villaseñor, México, D.F., enero-junio,
2007.**

• • • • •

* atv@xanum.uam.mx